

## DILEXIT VERITATEM

Cuando en 1977 comencé a investigar en los archivos de La Sangre de Cristo para hacer mi primer trabajo académico, la tesis de licenciatura, yo ya era un tipo raro. En aquel tiempo, lo que mis compañeros elegían como tema era el movimiento obrero, la II República, la represión franquista, la Inquisición, la transición del Antiguo Régimen al liberalismo según los patrones de la historiografía marxista, los célebres (y poco conocidos, pues apenas había publicaciones accesibles) debates sobre la transición del feudalismo al capitalismo. Como yo haría luego, todos intentaríamos aplicar el método esquemático y economicista –en realidad, un catecismo que nos identificaba como progres- a la historia regional de los pueblos, las naciones, los viejos reinos y señoríos de España (o mejor, de “este país”). Lo cierto es que yo no elegí el tema de la hermandad, sino que hice –como todo el mundo- lo que mandaba su catedrático y jefe, en mi caso Carlos Corona Baratech.

La tesina sobre un tema (tan sospechoso entonces) no pasó desapercibida gracias a que, al recibir el premio García Arista –premio de consolación destinado a los que no se les concedía premio extraordinario-, se publicó un resumen en la Institución Fernando el Católico. En muchos años, casi nadie lo leyó, ni yo mismo, que sepulté mi trabajo en un lugar recóndito de mi biblioteca. En 26 años no pensé en el asunto, ni abrí jamás el libro. Era un fardo a la espalda, que no convenía airear: iglesia, religión, caridad... Mi tesis doctoral se amplió a la “marginación social” –un concepto más acorde con los tiempos- aunque era inevitable hablar, en el XVIII, de Beneficencia (filantropía) *versus* Caridad (acción de la iglesia): el campo de batalla de los ilustrados, que eran los *nuestros*, y de los reaccionarios, que, *mutatis mutandis* –como decía cada día Ángel Canellas, el hierático catedrático de Paleografía- eran los que en las distintas instituciones de caridad zaragozanas –Casa de Misericordia, hermandad de la Sopa, Hospitalico, Correccional de San Miguel, Nuestra Señora de Gracia, Departamento de locos, etc.- se empeñaban en mantener su instituto contra viento ...y Campomanes.

Como Cincinato que, “aratro bovis...”, recibió la noticia de que querían hacerle cónsul, estaba yo cuando un cofrade de La Sangre de Cristo me dijo, hace unos años, que mi librito –no así la tesis, que permanece inédita, aunque ha sido ampliamente utilizada- corría de mano en mano, fotocopiado, pues obviamente estaba agotado y, como mucho, se podía encontrar en alguna librería de viejo a precio de jabugo. Me

sorprendió agradablemente, pero ni así me atreví a abrir el cajón de los recuerdos. Sí lo hice cuando hace unos meses me llamó José García Alfonso, presidente de la Asociación para el Estudio de la Semana Santa, para proponerme la reedición. Él se ocupó de escanear el texto completo y de hacerlo todo para que ahora se haya reeditado el resumen. García Alfonso es hombre que contagia, así que quedé a su merced, entonces como colaborador “necesario” un tanto asombrado, después como “compañero de viaje” cada vez más entusiasmado, ahora como amigo querido.

Gracias a él me di cuenta de dos cosas: primera, que algo muy serio había cambiado en la sociedad española en estos 26 años para que la hermandad y la Semana Santa despertaran interés entre gentes muy variopintas –de todas las clases sociales, creyentes y menos creyentes, pero sin duda, muchos poco o nada practicantes-, lo que no atribuyo a cambios políticos (uno ya es mayor); y segunda, que aquel trabajo, que al fin volví a leer, no era tan malo como recuerdo que le decía yo al maestro Rafael Olaechea entonces. (Ahora veo que mi atrevimiento con el profesor Olaechea era una trampa infantil para que él me elogiara –pues nadie lo había hecho- y recuerdo que, todo lo más, me replicaba: pero, hombre, si tú mismo dices que es malo, ¿quien te lo va a leer! Engañar a un sabio es difícil).

Pero lo que no obtuve de él entonces con la petulancia típica del jovencito aprendiz, llegó el día de la presentación en Zaragoza (6 de octubre de 2004) al oír al admirado maestro Antonio Beltrán, catedrático emérito de la Universidad y profesor mío querido, que veía en el trabajo lo mismo que yo ahora. Lo importante –decía Beltrán- está en el subtítulo: Caridad y ritual religioso en la ejecución de la pena de muerte. A este mundo, el nuestro, en que la crueldad más despiadada es omnipresente, llega el eco lejano de una hermandad que se preocupaba de los más desamparados, los desgraciados, pobres, muertos en desamparo, criminales, a los que aplicaba nada menos que Caridad. La hermandad recogía cadáveres y los enterraba. Confortaba a los reos, les daba la célebre cena de la última noche –también vino para que aguantaran el trance-, luego recogía su cuerpo (o sus restos, cuando la justicia los descuartizaba para exponerlos en la puerta de una iglesia, en cruces de caminos, en la puerta del Carmen, por ejemplo, para ejemplarizar al viandante). Todavía hoy lo sigue haciendo en Zaragoza, afortunadamente sólo con los que mueren en soledad y desamparo. La hermandad es, pues, un monumento vivo, pero no sólo como reliquia o pintura de la edad media, sino como testigo de caridad (lo que hoy, como decía Beltrán, llamaríamos

solidaridad o cualquier otra cosa, pero que, al fin, es lo mismo: es dar al que nada es y al que nada tiene).

La nostalgia, la reflexión sobre el hombre –que eso es en definitiva la historia-, la confraternidad que reinó en el acto de presentación, el recuerdo de Don José María Berenguer, hermano mayor de la Cofradía entonces, que me abrió su casa, donde trabajé a gusto (con menos frío que en la iglesia de San Cayetano, en cuya sacristía estaba el grueso del archivo); todo ha sido y es un nuevo camino de reflexión para aquel aprendiz que ya se ha hecho mayorcito. Sentarme junto a los hijos de José María García Belenguer, ser presentado por Antonio Beltrán, lúcido y cariñoso, a sus 88 años como cuando fue mi decano, tener a mi lado a José García Alfonso, a Emilio Reina y a José Antonio Ruiz Sarramián, mis amigos, y conocer a muchos de los Receptores de la Sangre de Cristo de hoy fue una de las mayores emociones de mi vida.

Lo importante para mí es que no se trata sólo de una emoción de origen sentimental. He visto al releer la obra que lo que me interesaba entonces es lo que me sigue interesando. No oculté al hombre entre porcentajes y series; recurrí a la literatura clásica –al Buscón, a Guzmán de Alfarache, a Estebadillo González-, me interesé en el debate del presente con el *No a la pena de muerte* por delante -D. Sueiro, García Valdés, la obra de J. Ziegler, la de F. Tomás y Valiente sobre la tortura-; leía ya entonces a los maestros A. Domínguez Ortiz y J. A. Maravall, A. Rumeu de Armas, los hermanos Peset; utilicé textos de historiadores del arte –J. Gallego y su extraordinaria obra *Visión y Símbolos*-, y los de profesores y compañeros de departamento de entonces y de hoy, J. A. Armillas, G. Redondo, J. A. Salas, G. Colás, R. M. Blasco, J.J. López González. Aquella universidad de broncas de penenes y de mandarines de trompa dorada, hoy puedo decir que sí nos enseñó aunque fuera a seguir aprendiendo (¿puede hacer algo más?): muchas veces he dicho que todos somos autodidactas. De entre todos mis profesores, recuerdo hoy muy especialmente a Antonio Beltrán, a Rafael Olaechea y a José María Lacarra. Fui muy afortunado.

Durante 26 años he experimentado con la historia, métodos, teorías e hipótesis; como rebelde e inconformista que fui y sigo siendo, he elegido blancos para mis dardos de todo tipo, los políticos, los curas, los archimandritas universitarios. Hoy, pausado – aunque no reposado, ni mucho menos, desarmado- es curioso que esta vuelta al pasado me haya hecho pensar tanto y que, después de todo, siga en el mismo camino que elegí: la historia. En sólo una pequeñez corregiré al maestro Beltrán: mi historia no es sociológica. La sociología es una “ciencia blanda”, *light*. La historia, por su aspiración a

comprender al hombre en su totalidad, es en realidad una vuelta a la filosofía. Como Hamlet, cualquier hermano de La Sangre de Cristo, ante el cuerpo muerto de un pobre desgraciado, ha tenido que ser también un filósofo.